

todo hombre que se mezcla en la política puede cometer fácilmente: no, nada de esas leyes con todo y los defectos de que puedan adolecer, contienen en su esencia principios de vitalidad únicos que se pueden aplicar hoy á una nación enfermiza y cansada de tantos años de guerras intestinas.

La adopción de estos principios que no podíamos consignar en un simple aviso, pero que deben ser conocidos del público, al mismo tiempo que sale á luz nuestro diario, entraña necesariamente la defensa de todos los que le son anexos.

La independencia completa de la patria no solo de toda dominación, sino también de toda influencia dominadora extranjera aun en los asuntos domésticos del país.

La observancia en la teoría y en la práctica de todas las garantías que otorga el principio civil de la constitución.

La conservación pura y sin alteración de la base de la reforma y de la desvinculación de la propiedad que administraba la iglesia, el aniquilamiento del monopolio, la inversión en utilidad pública, de los bienes que son de la nación, y el sostenimiento de los buenos derechos de los adjudicatarios.

La independencia completa de la iglesia y del estado, y la protección efectiva al culto católico, garantizada por la ley.

Por último, la conservación de la paz interior y exterior.

Todo esto dá abundante materia para la discusión. Mientras mas se debatan las cuestiones en el terreno legal de la razón, mayor suma de datos y de luces habrá para resolver los negocios.

Conformes, pues, en la gran reforma, diremos con la misma franqueza que no lo estamos en los medios, mejor dicho, en la pequeña reforma. Tenemos particularmente en nuestro país, donde las cosas son mas transitorias y mas pasajeras que en cualquier otra parte que los pormenores pequeños influyan como ya han influido en disminuir el prestigio de las grandes cosas y en preparar una reacción en cualquier sentido que turbe la paz pública y que dé lugar á que vuelvan á naufragar en el mar proceloso de las guerras, los principios protectores de la sociedad que deben arraigar en el suelo de esta república, con la prudencia, con la sabiduría y con una perfecta rectitud en el bien obrar.

En otros artículos que sucesivamente iremos publicando y que formarán una serie de estudios sociales, iremos desarrollando nuestras ideas y manifestando como comprendemos en sus pormenores la gran reforma, opositora constante de la pequeña reforma como lo son generalmente todas las elevadas funciones del pensamiento, de las ruinas y mezquinas pasiones de la materia flaca y perecedera de que está formado el hombre.—M. PAVNO. (Continuará.)

LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA.

Los acontecimientos se han sucedido con una rapidez tal, desde el día de Navidad á la fecha que hemos entrado en la liza periodística, cuando muchas de las grandes cuestiones que traía consigo el esta-

blecimiento de la constitución y las leyes de reforma estaban ya decididas. La elección de presidente de la república está á poco mas ó menos clara y visible, y sería hoy inconducente é inoportuno, que cuando las cosas están ya tan avanzadas, viniésemos á quemar nuestro grano de incienso, proponiendo como candidato al personaje político que probablemente obtendrá este delicado puesto.

Tres son los personajes que han luchado en el campo electoral. El Sr. D. Miguel Lerdo, que tiene todo el prestigio de los partidarios de la reforma, por haber sido el primero que arrojó el guante en estos últimos tiempos al poder temporal del clero. El Sr. Juárez, que como presidente de la corte de justicia, conservó en Veracruz el depósito constitucional, y el Sr. Ortega, que en menos de un año hizo en los campos de batalla una rápida carrera, hasta derrotar en Calpulalpan á las fuerzas que le presentó el Sr. Miramon, y posesionarse de la capital de la república, castillo impenetrable hasta entonces para los defensores de la constitución, como lo había sido Veracruz para los estandartes sagrados que defendían la religión y la propiedad.

Al Sr. Lerdo se le reconoce una buena capacidad administrativa, una calma inalterable para los negocios, y una imparcialidad ya probada para no afectarse por pequeñas pasiones de partido, ni por mezquinos intereses, sino considerar á las cosas y á los hombres, como instrumentos mas ó menos necesarios para el desarrollo de una gran idea. La división de la propiedad, la desvinculación de los bienes eclesiásticos, y el establecimiento de algunas mejoras materiales, que reclama ya la situación topográfica del país: hé aquí los títulos del prestigio y la popularidad del Sr. Lerdo. Si Lerdo es el presidente, la ley de 25 de Junio se cumplirá: el monopolio que la ha desvirtuado, caerá inmediatamente, y el gran camino de hierro, que atravesando de uno á otro mar, introduzca la sangre en las venas de esta moribunda república, no será una idea fantástica, sino un hecho positivo. Esto piensan las gentes en lo general, y los partidarios del Sr. Lerdo afirman á pié juntillas que estas y otras grandes cosas sucederán, si el personaje de que nos ocupamos ubiera á la alta grada del trono ciudadano que hace años está erigido en nuestra república.

El Sr. Juárez, impenetrable á toda especie de seducción, sereno en todos los peligros, de una guerra de tres años, y firme en sus convicciones, en medio de las mas crueles desgracias, y de los mas funestos contratiempos, jamás ha dejado un momento la carta constitucional que levantó en la prisión del palacio, el día mismo en que la abandonó el Sr. Comonfort. La prensa y los partidos, que suelen en cualquier sentido alterar el verdadero tipo del carácter de los hombres políticos, han hecho que para unos el Sr. Juárez sea el desenfadado demagogo, sediento de sangre y de venganza, y para otros uno de los primeros apóstoles de la libertad, y tipo acabado y perfecto del demócrata. Ni lo uno ni lo otro. El Sr. Juárez es un hombre sencillo, modesto y moral en sus costumbres privadas; estricto en la ob-

servancia de la ley, y firme en el cumplimiento de lo que cree su deber, vacilante en ciertas resoluciones de menor importancia, amigo de no dañar á nadie, y bondadoso hasta el extremo de la debilidad, decidido en favor de sus amigos, y particularmente de sus paisanos; á quienes no puede negar ninguna clase de favores ni de consideraciones: de gobernador de su Estado es excelente, en el gabinete, como ministro, un hombre de reflexión y de consejo, y en la presidencia adopta y sigue la política de su ministerio. Puede con estas buenas cualidades hacer mucho bien á la nación, y también males de difícil reparación. Hay sin embargo un fondo de justicia y de honradez en el alma del Sr. Juárez, que lo hará escuchar la voz de la razón, y el buen consejo, cualquiera que sea la persona de cuya boca salga.

El Sr. Ortega es el personaje mas singular de los candidatos. Repentinamente apareció en la escena, y á grandes pasos hizo su carrera, y en marcados rasgos dió á conocer su carácter. Licenciado, gobernador, general y tribuno del pueblo, hombre accesible y alegre, tan bribe se le ve pronunciando un discurso, como cargando en la batalla á la cabeza de un batallón, ó pagando con religiosidad, como un buen administrador, las deudas de su Estado. Cuando la guerra había tomado un carácter feroz y sangriento, que llenaba de espanto á las poblaciones de la república, el general Ortega gana una batalla completamente, se apodera de los cañones, de los trenes y de los soldados: á la tropa la refunde, y continúa con ella haciendo sus campañas, y á los oficiales los perdona, les trata bien y les dá auxilios para que se vayan á vivir donde quieran, aun con sus enemigos si así les agrada. Esta conducta es una brillante improvisación de generosidad que le proporciona en lo de adelante nuevas victorias, y finalmente, le abre en par las puertas de la Babilonia, que como ciudad extranjera, creían venir á conquistar pocos días antes á fuego y sangre, las legiones numerosas de las fronteras y de los Estados. No conocemos ni aun de vista al Sr. Ortega, pero estos rasgos y este carácter llaman de por fuerza la atención, y despiertan las simpatías de la multitud, que en la república, por mas que odia, detesta y condena todos los actos de venganza y de ferocidad.

Dos candidatos mas se preparaban á la competencia presidencial. El Sr. Uruga y el Sr. D. Santos Regollado. El uno con una pierna de menos se marcha al Norte; y el otro, con su plan de pacificación en la mano, pasa al banco de los reos para ser juzgado. Triste destino de algunos hombres y ejemplo saludable de lo que vale la gratitud de las Repúblicas. Siempre las otras griegas están entre nosotros en el carro mismo de los vencedores romanos.

Los amigos del Sr. Lerdo aseguran que obtendrá la presidencia. Los del Sr. Ortega esperan que los Estados del interior le den su voto; pero en nuestra opinión la elección está ya decidida en favor del actual magistrado que hoy ejerce no solo el poder constitucional, sino el poder dictatorial que ha traído anexo el triunfo completo de la revolución reformadora.

Los que no obtengan la presidencia que-

darán disgustados? Es de creerse que sí, porque la naturaleza humana es débil, y porque espinoso, difícil y arriesgado como es el ejercicio del poder, y mas entre nosotros, siempre alhaga y cada hombre ve llegado el momento de desarrollar su plan en beneficio de la sociedad. Caminamos sobre el supuesto de las buenas intenciones, porque jamás podemos suponer que los que somos hijos del país, los que tenemos en él los amigos y la familia, le hagamos daño intencionalmente. Los medios son diversos, el fin se debe suponer siempre honesto y bueno.

Hemos llegado al punto céntrico por decir así, al momento en que tenemos que desenvolver nuestro pensamiento.

La nueva presidencia tiene por forzosa necesidad que marcar un nuevo periodo, una nueva política, un nuevo orden de cosas. Es la línea escaeta y marcada que va á dividir el principio civil del régimen militar, ó lo que es lo mismo, la dictadura, del orden tranquilo de la ley.

Sea el Sr. Juárez, ó sea algún otro de los candidatos el que obtenga la presidencia, el camino que hoy se traze es el que tendrá que recorrer la nueva administración: si él es fácil y llano, la marcha se á segura y tranquila; pero si se ponen de intento escollos en la ruta, si se cruzan zanjas y grandes maderos, la marcha será penosa, lenta y estremadamente peligrosa. Cuando las gentes están exasperadas, y cuando los intereses mas ó menos legítimos se hallan en contradicción, no hay mas expediente que apelar á la rebelión y al camino trillado y triste de los pronunciamientos.

Hagamos hoy otro ensayo diverso. Apetemos al principio civil, tomémosle con la fé con que un naufrago se abraza del leño salvador que la Providencia le pone en la cresta de las ondas para que se salve en la playa lejana. El buen consejo, la imparcialidad en la prensa, la franca discusión sin pasión y sin dieterios que irritan el ánimo, los recursos al poder judicial, la apelación enérgica al buen sentido del público; en fin, el cambio mismo de las personas, cambia tranquilamente la situación de las cosas y mitiga los males públicos menores siempre que los que producen el trastorno completo del orden social. Proprietarios, agricultores, abogados, comerciantes, formen un grupo, no apático é indiferente ni mucho, menos revolucionario, sino un conjunto compacto que se apoye en la ley, en las garantías, en las ofertas solemnes que el Sr. Juárez y su ministerio hicieron al tomar las riendas de la administración en la Capital de la República.

Desgraciadamente, hasta ahora, los extranjeros no conocen otro camino ni otra cosa mas que la reclamación y la amenaza; los mexicanos, el pronunciamiento y la murmuración. Esto es viejo y gastado. Intentemos otra cosa, sigamos otro camino. La ley, la oposición moral y razonada á todo lo injusto, á todo lo perjudicial para nuestros intereses legítimos y para nuestra independencia. Muchos ven ya aparecer triunfante la reacción y echar furibunda por tierra á la Reforma: los periodistas mismos claman sin cesar y gritan alerta al gobierno. Nosotros opinamos de muy diversa manera.

Lo que no pudieron hacer los mejores oficiales del ejército de línea, con grandes tre-

nes de artillería, con lucidos regimientos, y con recursos bastantes, no lo hará sin duda un puñado de hombres que vagan de población en población. De los reaccionarios, unos han salido del país, otros se hallan presos, otros ocultos sin atreverse á respirar, el dinero escaso, las arcas del clero y los archivos en poder del gobierno. Qué hay que temer? ¿Dónde están los enemigos? Dónde los peligros? De verdad, en ninguna parte, y si acaso se encuentran, no serán sino dentro del gabinete mismo, en el descontento, en la desunión del partido que la victoria de Calpulalpan ha traído al poder.

Vamos á explicarnos mas claro. Dos ó tres mil familias inseguras en sus intereses, temiendo á cada paso verse lanzadas de su hogar doméstico, ochocientos militares escondidos y muertos de hambre y de miseria, que no se atreven ni siquiera á buscar un modo de vivir, otros tantos empleados vagando sin destino, que jamás acaso han tomado parte en las contiendas políticas; en una palabra, la pobreza de las plazas de comercio, la falta absoluta de dinero, la creencia de una próxima guerra extranjera; esto es en sustancia lo que está formando una crisis peligrosa y que sin embargo puede el gobierno hacer cesar con solo encerrarse una semana en consejo á meditar detenidamente, como se curan esas llagas sociales, que siempre han enfermado á la república, que han paralizado la acción libre y expedita de la cabeza que es el gobierno supremo.

Hambre, temor, desconfianza, intereses materiales heridos. Esto es lo que hay. La reacción en el sentido político en que se usa esta palabra acabó en Capulalpan.

Nosotros realmente estamos maravillados de que las personas que están en el gabinete no hayan pensado un momento en la verdad de esta situación, y decimos que estamos maravillados porque en el curso de la vida hemos podido conocer sus pensamientos políticos, su afán por cortar los verdaderos abusos, su empeño porque se respete la justicia, sus patrióticos y sinceros deseos de que se restablezca la confianza y la paz. Pero en verdad, todo esto merece disculpa. A los gobernantes no se les habla en México de una manera respetuosa pero franca y leal que contribuya á conducirlos al acierto. O el insulto y la calumnia que irrita, ó la adulación que adormece.

Podrá ser que nos hayamos equivocado en la manera de juzgar las cuestiones, pero al menos con buena fé usaremos el lenguaje de la persuasión y emplearemos los argumentos de la razón como conviene también con personas con quienes en otros tiempos, al menos, hemos tenido las relaciones francas de la juventud. Estos recuerdos vienen, aunque abogados quizá por la marjeada impetuosa de la política que hace perder á veces aun á los hombres mas cuerdos las nociones simples de lo bueno y de lo justo.

Lo repetimos con sinceridad: la misión de este gobierno, y muy especialmente del que va á sucederle con la elección del nuevo presidente, es una misión de reparación y de paz.

Vocó á Augusto, dice Lafuente, llenar una de las mas bellas misiones que pueden caer á un mortal, la de pacificar el mundo que César había conquistado. Esta es tam-

andaluz, mas guapo, mas valiente, mas noble, que cuantos Adanes han dado origen al resto del género humano.

Sin embargo de todos estos grandes títulos, suficientes para que hubiesen llamado la atención de soberanos menos bruscos y bárbaros que los soberanos españoles, el tío Fulgencio con sus diez descendientes de Adán y de Julio García, se moría literalmente de hambre, pues el producto de tres vacas, de ocho cerdos y de dos docenas de olivos, no era suficiente ni para el gaspacho y el chocolate que ya en esa época era la bebida favorita y casi indispensable de todo español bien nacido y descendiente de Julio García.

El tío Fulgencio necesitaba tomar una resolución enérgica, pero ella no era difícil supuesto que ahí estaban las américas empedradas de oro y plata, donde no había mas que llegar y tomarse el trabajo de inclinarse para reunir una gran fortuna y volver á la Península á tomar el título de conde, duque ó marques.

Fijo ya en este pensamiento el tío Fulgencio, se dirigió un día al puerto de Cádiz en compañía de su hijo Fulgencio el chico, con el intento de enviarlo á América á que hiciese su fortuna, pero como el tío Fulgencio no quería que viajase así como viajaba una gente vulgar, y al mismo tiempo no tenía un cuarto, no hallaba en su noble cabeza el medio de salir del atolladero. Paseándose por las cercanías de la rive-

res á hijos con una fidelidad tal, que ni una sola partezuela de tan dorados blasones se había empañado.

La noble familia que había sucedido en el cargo de conservar tan precioso depósito, se componía de un viejo curro andaluz llamado Fulgencio, el cual tenía que mantener cosa de diez muchachos de todas estaturas, gruesos y tamaños, con solo el producto de un cortijo, cuyos linderos podía medir con la vista un neope sin necesitar de anteojos.

D. Fulgencio había gastado las economías de muchos años en hacer copiar en pergamino una ejecutoria donde constaba por menor y con todas sus pruebas al canto, todo lo que en compendio hemos procurado indicar en las líneas anteriores. La ejecutoria tenía además pintado en la carátula un escudo dividido en cuatro cuarteles, coronado de un casco con su cimera, y rodeado de un mote que decía:

De García arriba, nadie diga.

Las nobles aspiraciones del tío Fulgencio no se limitaban á conservar sus pergaminos, á enseñárselos á cuantos amigos lo visitaban y á platicar constantemente de sus antepasados, sino que pretendía que además de ser descendiente de Julio García, lo era también de Adán, pero no del Adán de los anticuarios de donde proceden los indigenas de las américas, ni del Adán negro de donde nacieron todos los esclavos, segun creen los cultivadores de caña, sino de un Adán